



Revista de Castellón



↔ No se devuelven los originales aunque no se inserten. ↔ La correspondencia al Director: Asensi, 4 ↔

Del Carnaval

.....y otros excesos

Aunque dijera Cervantes que las comparaciones son odiosas, como todo en este *bajo mundo* es relativo, (según afirmación de un amigo mío que va para filósofo), nada se puede sustraer á la comparación y todavía hay quien discute si en este Carnaval se tiraron más ó se tiraron menos *confetti* y serpentinas que en los anteriores.

Nadie ha pedido mi opinión, pero no creo que sea esto *óbice* para que la dé de buena gana (de mejor gana indudablemente que si me la hubieran pedido). Además, que si sólo hablasen aquellos á quienes se les pide la opinión, este mundo parecería una academia de sordomudos.

Alla va mi opinión.

Entiendo yo que los Carnavales de años anteriores fueron mucho más alegres. Quizá sea esto señal de que vamos envejeciendo, pues es sabido que todo tiempo pasado fué mejor. Pero ¡qué caramba! dichosos nosotros que podemos envejecer.

No puedo menos de recordar aquellos felices tiempos en que comenzó á conocerse el *confetti*. Entonces lo vendían de todos los colores mezclados, y esto, como es natural, le consentía á uno el lujo y la economía, de poderlo recoger del suelo sin que le llamaran

gorrino. Ahora se ha mercantilizado mucho esto del *confetti*. ¡Lo mismo que la literatura y la ciencia y todo! ¡Señal de los tiempos que corren de civilización anglo-sajona!

Mas, dejando aparte estas consideraciones filosófico-sociales, he de *confesar paladinamente*, que también me divertí mi parte. Tres kilos de «*confetti*» *tiré*, (á kilo por día), color verde esperanza, que fuí distribuyendo *equitativamente* entre las muchachas más bonitas. Por cierto, ¡oh decepción cruel! que algunas que entonces me sonreían llenas de agradecimiento, ahora me encuentran por la calle y fingen no conocerme ya.

Pero, volviendo al asunto, quedamos en que, reducida á pesetas, mi diversión ha sido de una con noventa y cinco céntimos.

De algunas aventurillas también gocé en los bailes, que la más elemental discreción y el caritativo deseo de no mortificar á ustedes me impiden narrar. Y eso que yo no me forjo nunca grandes ilusiones. No todos, á buen seguro, podrán decir otro tanto. Mi angelical amiga Luisita Delorme, por ejemplo, entró en el salón del Casino Antiguo, hecha un *brazo de mar* y resuelta á *hacerse novio*; pero como se le había ido un poco la mano en el colorete, un imbécil (así le llamó ella) tuvo la osadía de decirle:—«¡Qué bien caracterizada va usted, pollita!» La pobre muchacha ya no dió en toda la noche ni un paso á compás.

Otra noche, una máscara vino á embromar á una linda joven que estaba cerca de mí. Al cabo de oír unas cuantas sandeces, atajó la joven:

—«¿Se ha metido el tiempo en agua?

—¿Qué dices?—contestó la máscara con impertinencia.

—Mira, Gustavo, no finjas más la voz, y otra vez que te disfraces, consulta el barómetro, y si es menester, tápate la nariz además de la cara.»

Efectivamente, la nariz le delataba á la legua. Entonces comprendí por qué momentos antes me examiné la zuela de los zapatos varias veces.

De modo, manera y forma, que también este Carnaval, como sus dignos predecesores, ha dejado tras sí una estela de desilusiones y disgustos más ó menos gordos.

Esos días, mi amigo el filósofo, hacía interesantes observaciones: «Fíjate y verás cómo el descontento es general en esta humanidad miserable. Nadie está conforme con el papel que le tocó en suerte (ó en desgracia) representar en esta vida, y el bracero que se disfraza se viste casi siempre de señorito, y viceversa, y así, todo. Pero donde el descontento es mayor, es en lo referente á los sexos: cada año es más grande el número de mujeres que se visten de hombres y el de hombres que se pasan á mujeres. Y quizá sean estos días cuando cada cual coja el traje que realmente le corresponde; porque el resto del año, créeme, vivimos en una lamentable confusión de sexos.»

Un poco atrevida me pareció la frasecita, y él que lo notó, dijo:

—¿Tú crees que todos los que ves por ahí diariamente vestidos de hombre llevan los pantalones...?

—Hombre, ¿qué quieres que te diga?

—Pues, no, señor; casi siempre es una ilusión óptica.

VITELIO RARO.

“La tristeza de la Literatura

Contemporánea”

El hombre es un autómatas, se ha dicho. Sus horas de pesadumbre y de inquietudes como sus momentos de expansión y de júbilo, hállanse bien determinados por una serie de causas conocidas y casi ajenas á su voluntad. Sus creaciones artísticas no son más que puro reflejo y concreción de algo que se respira en el ambiente en que vive. Las robustas construcciones de su pensamiento, los asombrosos progresos de las ciencias y de las artes son hijos de la sociedad y de los tiempos; el individuo, en ellos, no es más ni otra cosa que el medio elegido por las circunstancias para que tantos y tantos prodigios se manifiesten en sus respectivas formas. Aún las más ingentes individualidades, aquellas que en sus resoluciones parecen desatender á cuanto las circunscribe, no son más que maniquís, juguetes de movimiento, manejados á capricho por la sociedad y el medio en que se agitan. El libre albedrío es una ilusión, la voluntad humana queda reducida á poco más de cero. El determinismo lo es todo; todo viene disponiéndose y concretándose desde antaño; y esas leyes naturales inflexibles é inmutables que rigen los mundos siderales, son también de la tierra y mandan en las sociedades y penetran y se enseño-

rean en el alma del hombre. ¡Pobre rey de la creación, dá lástima verle, con el insignificante papel que últimamente le han adjudicado!

Descartando cuanto de exagerado pueda haber en las anteriores teorías, es indudable que existen contagios morales y espirituales de unos á otros hombres, y que existen también de la sociedad al hombre que de ella forma parte. Es indudable que el hombre no puede prescindir de las influencias sociales. Ser social por naturaleza, de la sociedad recibe materiales y elementos para componer sus obras y realizar sus planes; ella le manda claridades radiantes para su inteligencia y le proporciona momentos de intensa felicidad, como llega á embotar y entenebrecer su espíritu algunas veces, con las brumas de un amargo pesimismo. Pero no se deduzca de esto que la vida sea el dolor como afirma Arturo Schopenhauer y su discípulo Hartmann, ni se pretenda que la tierra sea un paraíso encantado como se deduce de las doctrinas de John Lubocck: unos y otros vieron de modo parcial y egoísta la cuestión. La vida ¡oh la vida! La vida es el contraste: es la llanura plácida y frondosa junto á la cordillera escarpada é inaccesible; es el desierto ardiente y en el desierto el oasis soñado con manantiales cristalinos. Se dirá que son menguados los oasis y las llanuras y que hay exceso de lugares inaccesibles y desiertos asfixiantes. Pues el trabajo y la ciencia pueden convertir algunos de los segundos en llanuras y oasis. Lo que interesa es no retorcer nuestro pensamiento; sino usarlo con ecuanimidad, serenamente. Nunca hacer de él arma contra nosotros mismos, «sino un tónico que procure aumen-

tar las energías de nuestra vida», como decía el ilustre maestro Urbano González Serrano.

Mal han seguido este saludable y prudente consejo, los escritores y artistas de todo el mundo, en estos últimos tiempos. A falta de otros cultivos más provechosos, se dedicaron á cultivar la tristeza y el dolor. Entre ellos ha habido mútuos contagios y extravagantes competencias hasta el punto de haber llegado algunos muy sabios, si se quiere, pero poco humanos, á entonar en sus exacerbaciones, cantos al *angel de la clorosis* y ostentar como lema salvador el de ¡*Viva la muerte!*

Estos despreciadores de la vida, poetas siniestros de la tristeza, de las enfermedades y hasta de los vicios, formaron escuelas y son legión; y sus innumerables obras mezclándose con otras de ilustres escritores más ó menos influidos por ellos, han venido á dar un tinte melancólico y quejumbroso á la literatura contemporánea.

Centenares de volúmenes se han publicado estudiando y tratando de explicar este hecho, achacando á la sociedad, por razones en parte indicadas al comienzo, ponzoñosos males cuyo origen se encuentra en la perturbación sentimental de algunos individuos. Y entre tantos libros, tengo uno á la vista, impreso hace pocos meses, que conceptúo como de los más concienzudos y notables sobre la materia. Su autor esta vez es un español: el catedrático de la Universidad de Valencia, D. José Deleito, y el libro aludido lleva por título «La tristeza de la Literatura Contemporánea».

Dedícanse los primeros capítulos de este volumen excelente, á demostrar

que no es sino un reflejo del «*tedium vite*» moderno, el fastidio desesperante, el aburrimiento irresistible que mana de la literatura contemporánea; estudiando como causa objetiva de esa inquietud y malestar ambientes, la crisis económica, el desequilibrio entre lo que se aparenta y lo que se es, que notan á su manera todas las clases sociales.

En capítulos siguientes trae á cuenta, buen acopio de perspicaces contrastes: la inquietud psíquica del artista actual la contrapone á la ecuanimidad de otros tiempos; la clásica picaresca, donosa, zumbona y cómica, con su séquito de Monipodios, Rinconetes y Lazarillos, que nos divierten más que nos repugnan, la compara con los modernos pícaros y truhanes, *golfos* degenerados, criminales estupendos de muecas espeluznantes que llevan el espanto á nuestro espíritu; y las escenas libertinas y amoratorias de «*La Celestina*», «tesoro de fuerza cómica inextinguible», la frescura ingenuamente picaresca de Ovidio, Boccaccio y de nuestro Arcipreste de Hita con sus «*zabrosos dezires*, etcétera, etc., los presenta junto á *Naná* el angustioso poema del vicio, á *L' Enfer* de Henri Barbuse con sus diálogos desconsoladores que reflejan el más morboso de los amores, á la «voluptuosidad sádica» que es escarapela de los versos de Baudelaire y á las aberraciones de las *Claudinas* de Willy.

Atisbos verdaderamente ingeniosos tiene este meditado estudio en la parte consagrada al examen de las diversas direcciones de la literatura contemporánea, para buscar en ellas el origen y luego seguir el desarrollo de esos elementos de tristeza, desazón y hastío, que invaden todo un período de la litera-

tura. Y comenzando por el romanticismo cuyos principales adalides hicieron materia literaria de lo feo (Quasimodo de Nuestra Señora de París), lo deforme, (el enano de *Bug-Jargal*) y lo terrible (el antropófago *Han de Islandia*), llega al realismo y al naturalismo citando entre otros autores al preciosista Flaubert que en su *Madame Bovary* «diseñó con trazos imperecederos un alma compleja de mujer, descentrada en su tedioso ambiente provinciano, y arrastrada por la inquietud y el vértigo del siglo hasta el adulterio y la muerte». Luego sigue por los senderos de la reacción neo-idealista, probando la influencia que tuvo en la novela rusa y especialmente en el triste misticismo de Tolstoy, profundamente pesimista en uno de sus más preciosos libros: *La Sonata de Kreutzer* «que es también la más corrosiva ponzoña con que puede amargarse un alma joven.»

Llega después al análisis del teatro moderno, en el que se manifiestan los mismos males, poniendo término á esta tormentosa excursión con invalorable apostillas y penetrantes consideraciones sobre la tristeza, *ya triunfante*, en el modernismo y en su monstruoso hijo el decadentismo.

Circunscribe luego la cuestión á España, y en esta parte de su trabajo tiene el Sr. Deleito capítulos tan atinados como el que dedica á la tristeza del espíritu español y á sus influencias en nuestra literatura, y aquellos otros en que se ocupa de la tristeza de nuestros grandes escritores y de la de los jóvenes noveladores y poetas. Cuando de estos últimos trata, dice: «Igual tristeza aún más lánguida y mortecina late en muchos de nuestros poetas líricos de úl-

tima hora: el malogrado Fernández Shaw con sus neurosis que buscaban refugio en los *aires de la sierra* castellana; Eduardo Marquina y Juan Ramón Jiménez con sus melancólicas *Elegías* en que hablan de penas ignotas y penetrantes; Emilio Carrère, que en su *Caballero de la Muerte* canta á la miseria y al dolor exhumando todas las negruras de la vida desamparada»...

Pero alma de buen temple, el Sr. Deleito, no se resigna ni conforma con este estado de cosas; y en los postreros capítulos de su notable obra tiene párrafos de saludable esperanza; cree en el carácter transitorio del pesimismo moderno y señala la reacción optimista iniciada, de la que son portavoces, grandes pensadores de nuestra edad. A las literaturas regionales atribuye una salvadora vuelta á la naturaleza y al hablar de ellas lo hace en términos tan interesantes que no podemos pasar sin traer aquí estos fragmentos: «La capital francesa hastiada de sus últimos abortos poéticos, deja descuidadamente la lira, y la recogen la austera Normandía, la riente Provenza y la grave Alsacia, expulsando las emanaciones de tumbas y orquídeas con el aire sano de sus montañas ó sus costas. Análoga irrupción regional se produce en otros países incluso en el nuestro, refrescando con brisas campesinas el ambiente gastado y mefítico de las grandes urbes».

Tiene nuestro autor cuando llega á este punto una llamada en la cual informa al lector que omite deliberadamente cuanto se relaciona con las literaturas regionales, limitándose, por lo que á ellas se refiere, á señalar en forma concreta y terminante lo que dejo arriba transcrito.

Mas como, la valenciana es una de esas literaturas regionales en que con firme perseverancia se ha mantenido el sano humorismo, el culto de la alegría, la *joie de vivre*, justo es que terminemos estas notas, recordando á este propósito que cuando iban llenándose en la pasada centuria las salas del Museo Moderno de cuadros terroríficos y horripilantes, debidos al pincel de los Pradilla, Rosales, Casado del Alisal, Moreno Carbonero, y hasta de algún valenciano contagiado, como Gisbert, y era aquel templo del Arte moderno lugar elegido para exhibición de féretros y ataúdes de todos sistemas y épocas, muertes violentas por todos los procedimientos conocidos y males y asolamientos para toda clase de paladares, retozaba juguetona una pintura valenciana, genuinamente valenciana, más modesta pero muy espontánea, que reflejaba rientes escenas en que intervenían garridas mozas con sus vistosos trajes, apuestos huertanos, el cura del lugar en ocasiones, y todo un séquito de personajes bien quistos con la vida, sobre el fondo encantador de la vega valenciana amenizado por *barraques y alquerías*. Y, mientras los ingenios castellanos se ejercitaban en la confección de dramones de capa y espada en los que, según frase corriente, moría hasta el apuntador, los Baldoví, Bonilla, Escalante y otros, daban vida espléndida á un teatro que podrá tildarse de poco pulido y demasiado indiscreto, pero al que nunca falta la jovialidad, la escena chispeante, la sátira guasona, ni la alegría más franca y expansiva. Y al mismo tiempo brillaba un género poético, festivo y humorístico, socarrón y burlesco, que celebraba *la chala*, la vida sencilla y

alegre del campo, la naturalidad de las costumbres, ponía en ridículo á los tristes, pusilánimes, estirados y sabihondos y despreciaba toda clase de males, oponiendo un chiste á un sufrimiento; á una peste diezmadora una receta jocosa.... Y hé aquí transparentados, sin que haya necesidad de más pruebas, la dirección y el espíritu de las manifestaciones artístico-literarias de esta región valenciana; espíritu y dirección que se prolongan, con poquíssimas excepciones, hasta nuestros días.

Todo lo cual viene, no sólo á corroborar las afirmaciones del erudito y genial catedrático de la Universidad Valentina, sino á probar que no cayeron fácilmente los artistas y literatos de nuestra región en extravíos venenosos ni en exageraciones antisociales.

La luz directa del sol, y la vida medio campesina y despreocupada, libráronles hasta la hora presente de las siniestras miradas de ese pajarraco agorero que anida en las grandes urbes, llamado por Max. Nordau y otros, *el mal del siglo*.

R. HUGUET.



La cansó del Champanya

(Records de Carnaval)

La taula espléndida—resta aparada,
sobre ella 'n queden—de richs manjars;
d' una botella—al ser tombada
surt lo Champanya—riguent daurat.

Mira la jove—á sa parella,
que fumant guarda—com munta 'l fum
mitj oblidanse—de la femella
hermosa y fresca—de encesos ulls.

«Dimo, ¿qué 't pasa?—¿que tens tristesa?
Jo vulg que 't rigues,—ric doncell meu...»
Y cuant parlarne—vólen depresa
mes balbucetjen—les soues veus.

«Vine así, nina»—lo doncell prega.
«Sí, sí», la nina—pronta acudís....
El hom sos llavis—febrós mosega
y al rebre els besos—la nina riu.

Sa risa es clara—com cristallina
aigua que brolla—de font daurá;
risa llaugera,—risa divina
que va ab los besos—plahers sembrant.

Ab sa mà blanca—alsa la copa
que al hom ofrena—plena de amors
y al arrimarla—junt á sa boca
tomba 'n sa cara—lo liquit de or.

La risa folla—y joguinosa
jua 'n sos llavis—freschs y bermells;
també 'l Champanya—risa espumosa
devallant sólta—per damunt de éll.

Y éll fent caricies—y riguent ella
beuent y es mirent—ab ulls de fóc;
y ab breus estones—una botella
per terre roda—buida del tot.

Besos y risas—trenen ses boques
sens adonarse 'n—qué 's lo que fan.
Per taula y terra—y plats y copes
per tot el ambit—reine 'l Champanya.

Ella de sopte—s' alsa y diu: «Mira...»
al temps qu' agafa—lo mantell fi,
y de una punta—gotjosa tira
hasta que 'n terra—tot s' esparxis.

Ab carcallada—que es argentina
lo cristall frágil—al caure 's romp.
La aina alegre—riu cristallina
y les dos risas—sols una son.

¡Besos y risas—y carcallades!
¡Risas, quand rapit—sortís lo tap!
¡Risas de copes—al ser trencades!..
¡divina música,—cansó ideal!

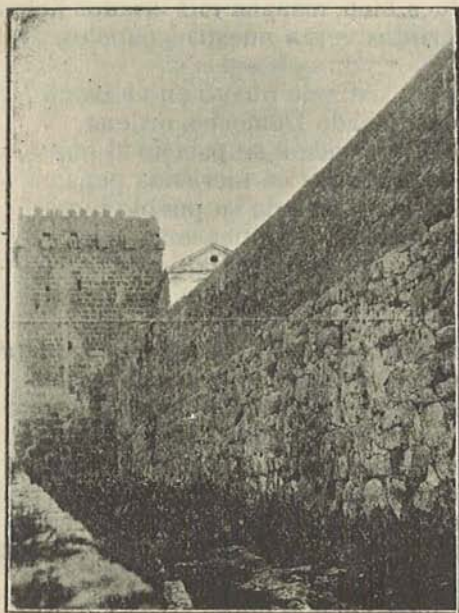
¡Viva 'l Champanya—que nos engisa!
De nostra vida—fem bacanal
trenant gotjosos—besos y risa
¡alegre y clara—com lo cristall!

MAXIMÍ ALLOZA.

LAS MURALLAS DE TARRAGONA

Pocos monumentos hay en España tan discutidos como las murallas de Tarragona; esto es una prueba de su grandísima importancia. Cuantos escritores se han ocupado de ellas, tanto españoles como extranjeros, han emitido una opinión nueva respecto al pueblo que las erigió; y hé aquí que después de tantos siglos, aún no sabemos la última palabra acerca de aquel insigne monumento.

La construcción de las murallas de Tarragona hay que remontarla forzosamente á los ignotos tiempos de la fundación de la ciudad, y considerarla como obra de sus primitivos habitantes, pues no se concibe que las primeras gentes que ocuparon la colina sobre que se asienta, dejaron de fortificar ésta contra los ataques de sus convecinos; y, en efecto, los muros que la circundan, con su formidable basamento megalítico, están diciendo á las claras que ya desde su origen fué Tarragona un importante núcleo de población, que había que defender con murallas colosales.



LIENZO DE MURALLA Y TORRE DEL ARZOBISPO

De la remota antigüedad de este núcleo de población, nos hablan los geógrafos griegos ante-

riores al imperio romano, los cuales citan ya á Tarragona como ciudad antiquísima en su tiempo, y una de las principales de la península, por ser comercio marítimo muy importante de fenicios y cartagineses. (1) Pero donde surge la pluralidad de pareceres, especialmente de los críticos modernos, no es en lo referente á su vetusto abolengo, sino en lo tocante á la cuestión de cuáles fueron sus primeros pobladores, y, por consiguiente, los constructores del enorme basamento mural que la rodea.



PUERTA PRIMITIVA DE LAS MURALLAS

¿Qué pueblo fué el que levantó la primitiva muralla de Tarragona? Dice Estrabón que, según Asclepiades el Myrleano, los más antiguos escritores que mencionaron á la gente establecida entre el Ebro y los Pirineos los llamaron *Igleses*,

(1) El célebre filósofo, gramático y geógrafo griego Eratóstenes, que vivió hacia el año 270 a. de J. C., decía que desde muy antiguo el puerto de Tarragona era considerado como estación naval, fundándose en la relación de Pytheas, famoso marsellés que en el siglo IV había recorrido las costas de la península, desde Marsella hasta el Estrecho de Gibraltar. Contra esta afirmación protestó el geógrafo y viajero Artemidoro, diciendo que en el puerto de Tarragona ni con áncoras podían estar seguras las embarcaciones; pero hay que advertir que es posible que este autor se refiriera al verdadero puerto de Tarragona, situado al pie de su colina, y aquél al de Salou, que se halla á algunos kilómetros al Sur de la ciudad.

nombre que, según el mismo autor, correspondía á los primitivos *Iberos*, los cuales poblaban una región bastante extensa al norte de dicho río. Otros geógrafos posteriores, griegos y latinos, apoyan lo dicho por aquellos autores, y por esto ha sido creencia generalizada entre los historiadores de Tarragona que la fundación de esta ciudad fué obra de los iberos, y que ellos levantaron el basamento megalítico de la muralla que desde su origen debió hacer inexpugnable á la vetusta *Cosse*, metrópoli de toda la *Cossetania*.

Pero no faltan autores, tanto antiguos como modernos, que discrepen de esta opinión general y atribuyan la construcción de aquel discutido basamento á bien distintos pueblos (libio-fenices, heteos, pelasgos, etruscos, helenos, latinos, etc.), sin que pueda aceptarse en concreto, como absolutamente cierta, tal ó cual opinión, porque es muy difícil sentar juicios incontrovertibles al tratar de monumentos tan remotos.

Cualquiera que fuese el pueblo que erigió la primitiva muralla de Tarragona, hay que convenir en que indudablemente debió pertenecer á una raza vigorosa; solo así se explica que pudieran ser amontonados aquellos bloques enormes, haciéndoles ascender por planos inclinados, con palancas y á brazo, hasta colocarlos unos sobre otros á considerable altura. Por esto la tradición popular ha calificado dichos muros de *ciclópeos*, dando á entender que fueron obra de *ciclopes*, personajes fabulosos de que nos habla la mitología.

(Concluirá).

LUIS DEL ARCO.

La espada de Dámocles

- FÁBULA -

Ni un palmo más allá de sus narices
Vé, quien juzga á los grandes de la tierra
Los animales únicos felices
Que este valle de lágrimas encierra;
Si del pecho las hondas cicatrices
O el pavor que sus ánimos aterra,
En el fingido rostro dibujaran,
¡A cuántos ambiciosos refrenaran!

Aunque á veces reniego de la musa,
Me viene en este punto á la memoria
Del gran Dionisio, rey de Siracusa,
La anécdota con infulus de Historia;
Y si Esopo inspirarme no rehusa,
Haré patente la verdad notoria
De la máxima cierta que sustento.
¿Me queréis escuchar? Vaya de cuento.

Dicen que el orgulloso soberano,
En medio del placer y la riqueza,
Un minuto feliz buscaba en vano,
Que disipara su mortal tristeza;
Pues el nombre y la fama de tirano
Que supo conquistarle su fiereza,
Le perseguía cruel á todas horas
Armado de sus furias vengadoras.

Dámocles, cortesano lisonjero,
Osó decirle sin recato un día:
—¿Quién más grande que tú? Y el rey
[severo

Al áulico oficioso respondía:
—¿Quieres gozar mi suerte?—La prefiero.
Por mil razones á la suerte mía.
—Pues bien, mañana mis criados fieles
Invertidos verán nuestros papeles.

Sin insistir de nuevo en el asunto,
Al desdichado Dámocles ordena
Que se traslade á su palacio al punto,
De su ambición en merecida pena,
Y á la presencia de su pueblo junto
La autoridad despótica enajena,
Y la depone indiferente luego
En los hombros del vano palaciego.

Viendo éste que le acatan por monarca
Los marineros y los guardias reales
Que aseguran su vida, viendo el arca
De hierro do se guardan los caudales,
Viendo el coturno y la plebeya abarca
Que respetan sus órdenes iguales,
El espacioso mundo siente estrecho
A la ambición que le alborota el pecho.

Y más, cuando entre vivas y loores
Los cortesanos á sus plantas vienen,
A prestarle obediencia aduladores,
Ya que así en la privanza se mantienen;
Y cuando cien apuestos servidores,
En oiparas mesas, le previenen

Cuanto la vista y el olfato adula
Para encender el horno de la gula.

Allí manteca de la Suiza en rollos
Con los panales hibleos de Atenas,
Allí de Egipto los cebados pollos
Y del vasto Lucrino las murenas,
Del Eridano allí los frescos sollos,
Las ánforas de ardiente Chipre llenas,
Y de Tarento las sabrosas pomas
Ricas de jugo y de color y aromas.

Pero queda de súbito aterrado,
Al contemplar, pendiente de un cabello,
Un acero brillante y afilado,
Que amenazaba traspasarle el cuello:
Sobre el izquierdo brazo derribado
Cae, sin darse la razón de aquello
Que ve su acalorada fantasía,
Y que ninguno alrededor veía.

Riendo á sueltas carcajadas entra
El monarca fautor del embolismo,
Y á su privado por el suelo encuentra
Victima de funesto paroxismo:
En él una mirada reconcentra
Más sombría que el fondo del abismo,
Y le clava derecha esta pregunta,
Como saeta de aguzada punta.

¿Es esta la ventura, este el reposo
Que en el solio alcanzar te prometiste?
¿Do se oculta el espectro tenebroso
En cuyas manos vengativas diste?
¿Qué magnate del reino sedicioso
Tu corazón afeminado embiste,
Y á la turbada vista osa ofrecerte
La aterradora imagen de la muerte?

Y Dámocles cobarde é intranquilo
A las piernas del déspota se abraza
Como si fuesen el seguro asilo
Contra el rigor que su existencia em-
[plaza,
Muéstrale el terso y reluciente filo
Que degollarle súbito amenaza,
Y le suplica, derretido en llanto,
Le saque ileso de peligro tanto.

—Lo haré— replica el rey; mas no me-
[reces
Que á tu súplica acceda inoportuna.

¿Tanto te amarga el apurar las heces
Del vaso donde pruebo mi fortuna?
Piensa, por las angustias que padeces,
Si gozará felicidad alguna,
Quien á sus sienes ciñe la diadema
Sin vivir un segundo que no tema.

Ser de la vida de los otros dueño,
Y esclavo eterno de la propia vida;
Perseguir la ventura con empeño,
Y ahuyentarla después de perseguida;
Buscar la paz en el obscuro sueño,
Y no encontrarla ni aun al sueño unida;
Despertar á la luz que el cielo dora,
Y en sangre tinta descubrir la aurora.

Ver remolinos de andrajosa plebe,
Como á dios ofreciéndome tributo,
Y oír que el viento sus lisonjas lleve
Mezcladas siempre con brutal insulto,
Y siempre recelar que empuñe alevé
El acero en las tunicas oculto,
Tal es ¡ay! el resumen de mis glorias,
Penas crueles y dichas ilusorias.

Y siempre será así; porque en castigo
De la vana altivez y la insolencia,
Que de la roja púrpura al abrigo,
Esclavizan del hombre la existencia,
Júpiter de tiranos enemigo
Escribió en el Olimpo esta sentencia:
«Quien pretenda escalar la regia altura,
Renuncie eternamente á la ventura».

GERMÁN SALINAS.

Gacetilla

Ni el saludable ejemplo de cultura que nos dan capitales no muy distantes de la nuestra, ni la resuelta voluntad de algunas personas de Castellón, han sido suficientes para modificar el deplorable aspecto de nuestros carnavales. La influencia de una insignificante minoría ni sus observaciones tímidas, tienen la fuerza inmensa que se requiere para torcer la corriente impetuosa de todo un pueblo. Y nuestro Carnaval ha sido este año lo que siempre fué: procaz aquelarre de la grosería y de la depravación del gusto.

Ya sabemos, que es cosa imposible la de pretender que así de golpe y porrazo, se convierta el rostro enmascarado y hediondo del horroroso Polichinela de la Plana, en faz blanca y distinguida de Pierrot sentimental y pulido; pero estimamos que no estaría fuera de razón, que las autoridades respectivas exigieran á nuestros inveterados mascarones algún respeto á las buenas costumbres, y sobre todo, un rudimentario aseo y un poco de limpieza en la indumentaria. Porque no es ya espectáculo antiartístico el que se nos ofrece en las tres tardes de Carnestolendas, sino que resulta verdaderamente repugnante ese inconcebible afán de exhibir utensilios destinados á usos privados, restos de animales á veces en estado de descomposición, prendas de vestir no raídas y sucias, pero hasta pestilentes, amén de otras suciedades que renunciamos á señalar.

¿Por qué se exige en nombre de la higiene que los almacenes donde se recogen ropas inservibles, sucias y prendas usadas, se hallen situados en las afueras de la población y se desinfecten convenientemente, y se tolera en cambio el paseo por las principales calles durante tres días, de la añeja mugre depositada sobre inmundos andrajos, no ya con grave ofensa de la higiene, sino con fundado é inminente riesgo de la salud pública?

Seamos lógicos y consecuentes hasta medir por el mismo rasero á la máscara que para divertirse y *divertirnos* necesita *ataviarse* con inmundicias, y al ciudadano que trafica con trapos viejos y prendas de vestir inútiles.

Pudo hacer algo en esta árdua empresa de dignificar el Carnaval, la sociedad «Amigos del Arte», y así lo anunció. Pero tenemos entendido que esta agrupación tan simpática y de la que tan buenos recuerdos se guardan, por causas bien lamentables atraviesa una crisis gravísima en la que tal vez sucumba. Todo, pues, parece haberse conjurado contra las desdichadas Carnestolendas, y menos mal que en medio

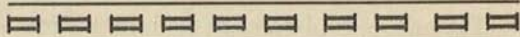
de tanto tropel y desbarajuste «no ha habido desgracias que lamentar».

Ha pasado una nube de lodo mal oliente; pero lodo á secas, sin sangre que lo humedeciera. Y esto es lo que hay que decir en favor de nuestro pueblo, á falta de otras cosas.

No á título de moralistas, pero temerosos de que sea invadida la escena de nuestro Teatro Principal por una oleada de pornografía sin arte, sin gramática, y hasta sin abecedario, nos permitimos rogar á quien sea, á las autoridades ó á la empresa, que eviten en lo posible la repetición de espectáculos como los dados por alguna de las cupletistas y monologistas que últimamente han *trabajado* sobre aquellas tablas. Porque se ha llegado á lo inverosímil en la acción y en la palabra, precisamente pocos días después de haber oreado aquella atmósfera del Principal el arte exquisito de la genial artista Rosario Pino. En ésto, señores, que haya clases; que cada cuadro lleve el marco correspondiente y adecuado; y que no se exhiba una figura de Velázquez dentro de la misma moldura que una lámina grotesca de burdel.

Hemos recibido el número correspondiente al mes de Octubre pasado, de la revista valenciana *Lo Rat-Penat*. Y en sus páginas leemos con suma satisfacción, un importantísimo trabajo sobre el pintor castellonense J. B. Carbó, debido á la castiza pluma del ilustre literato y doctor D. Francisco Cantó. Recomendamos eficazmente este número de *Lo Rat-Penat* á nuestros lectores.

También se han recibido en esta redacción las visitas del acreditado semanario *Letras y Figuras*, de la *Revista de Especialidades Médicas*, que dirige el Dr. Fornes, y del periódico de Vinaroz *La Voz del Pueblo*.



ESCENA VII

DOLORETES, ROC, CUATRETA, LEANDRO, MALENA,
PEPITO, CHIMO y RITA

- ROC. ¡Siñor! ¡asó mos faltaba!
¡Quina desgrasia mes gran!
MAL. Pero qu' es lo que te pasa?
ROC. Eixe... que se está ofegant
y no hia ningú quel salve.
DOL. ¡Quil! ¡ell! ¿Micalet?
ROC. Avant
¿qui ha de ser? ¡' inglés. (*Ixen Chimo*
MAL. Calmat; es fort... eixirá. *y Rita*)

ESCENA VIII

(*El mateiros y CUARTILLET que entrarà corréns*)

- CUART. ¡Siño Roc! ¡Siño Malena!
ROC. ¡Albrísies!
CUART. (*Angustiosament*) ¿Salvat?
ROC. ¿Cóm ha segut?
CUART. De una roca
de la punta, algo apartá,
ix, no se si era chic ú home,
si vestit ó despullat;
sent els crits, vex lo que pasa,
mira al náufrago luchant

- CHI. (*Ap. á Cuartillet*) Mes que morral
ROC. ¿Mes que morral? ¡Lit esclafe!
LEAN. (*Intervenint*) Cuartillet.
ROC. (*Preocupat y pasechantse*). La veritat
es que sería pa mi
un compromís mol regrán
si eixe chic...
LEAN. No, no patixca.
ROC. (*Ap.*) Si em sangraren no 'm traurien
una gota de san: (*S' en van per l'*
esquerra.)

ESCENA II

Els mateiros menos Roc y CUATRETA

- CHI. Lo qu' es hui el inglés s' ofega.
CUART. No patixques, ya el traurán.
LEAN. Si ell estiguera en perill,
en el moll hia homens peixcant
qu' el salvarien. Cha vingá;
PEPITO. ¿qu' así no preném el bañ?
MAL. Entrem, pues, á la barraca. (*Sen entren*)
ESCENA III
Els mateiros menos MALENA y PEPITO
DOL. Pero ahón s' haurá ficat

Micallet?... Son ya les sis
y en la escollera no està.

LEAN. (*Per Dolorettes*) Arrimemse à delta à
si en ca està malhumorà. [vora]

ESCENA IV

Els mateixos y Rita per la dreta

RITA. (*Desde el foro*) ¡Chimo!

CHI. ¡Epl!

RITA. No cal qu' et rigues

CUART. (*Rientse*) Che, Chimo; ¡Bona figura!

CHI. Fijat en eixa sutura

¿eh? pareix un sac de figues.

RITA. Chimo si vas fent el ruc

me figue en la barragueta.

CHI. (*En mimo*) Vine y rollat la cordeta

(*En picardía*) y después farem el nuc

ESCENA V

RITA y CHIMO *en primer terme*; DOLORETES *mirant
foro esquerra*

RITA. ¡Ay Chimo, tinc una por
d' clegarme!

CHI. (*Per la corda*) Cuatre volles
li he pegat.

RITA. ¡Ay, no la soltes

per Deu, Chime! del meu cor!

RITA. (*Ridículament*) Churam que no et ca-
[saràs,

si yo m' ofegue, en ninguna.

CHI. ¿Casarme altra volta? Una
y no más, Santo Tomás.

ESCENA VI

DOLORETES y CHIMO; *al final pasa Rita pel foro*

DOL. En ca no 'l divise

ya es hora y no 'l veig

es capàs d' anarsen

sense vorem mes?

CHI. (*Fent contorsions*) Rita entra mes fondo

no estires, redell!

No sigues porrego

no estires, Chimet.

DOL. (*Mirant llunt*) Pues pareix qu' aumen-
[les

perqu' ara n' hia mes.

(*Emosioná*) ¿Será una desgrasia?

¡Com corre la chenti!

(*Mes emosioná*) ¿Li haurá pasat algo
al meu Micallet?